

TRADUCIR ES AMAR LA PROPIA LENGUA

Braulio Fernández Biggs

*Discurso de incorporación como Miembro Correspondiente
de la Academia Chilena de la Lengua*

Ante todo, quisiera dedicar este nombramiento y el discurso que sigue a mi hija Sara (2002-2019).

Se suele pensar que los traductores padecen algún tipo de filia, del griego *φιλία*, que entre otras varias acepciones significa “afición”, “amistad” o incluso “amor a o por algo”, en este caso una lengua determinada y que no es la propia. Y entonces se habla, así y por ejemplo, del anglófilo o del francófilo; quien, según nuestro diccionario, sería aquel “que simpatiza con lo inglés [o lo francés] o lo admira”. La definición es interesante pues excede el mero afecto por una determinada lengua, e incluye toda la cultura que en esa lengua se habla y se vive –o que la expresa–, y comprende asimismo y por cierto, su historia.

También se suele pensar o considerar, lo que en muchos casos es correcto, que quien traduce obras literarias de grandes autores posee autoridad en la materia, pero ya no sólo léxica o lingüística (lo que es obvio) sino, digamos, hermenéutica. O histórica. O filológica. O todas ellas juntas. Que es un erudito, en definitiva. Y aunque una perspectiva como esta podamos remontarla hasta la biblioteca de Alejandría, por ejemplo –tal vez la verdadera cuna de la filología, con el gran Calímaco a la cabeza–, qué duda cabe, y también por ejemplo, que los llamados “homeristas” son extraordinariamente doctos, sabios notables. Cualquiera de primer nivel, y que merezca ser considerado y respetado como tal, conoce y maneja a la perfección y en grado sumo el griego (especialmente el jónico) y el latín. Hay otros aún más eruditos que conocen además las lenguas indoeuropeas y semíticas. Y han existido portentos, como el profesor Francisco Rodríguez Adrados, que sabía sumerio, acadio, copto sahidico, hitita y sánscrito.

Existe asimismo el traductor como portavoz. Digamos, el *ἐρμηνεύς*, el intérprete, como vemos en el *Ion* de Platón y en otros textos antiguos. Es decir, alguien que “acerca” o “aproxima” la obra de un autor al lector, permitiéndole así no sólo leerla, sino comprender sus posibilidades y sumergirse en sus principios, conclusiones y a veces aporías.

Pero hay una variante menos feliz en esta cuestión, me parece, y es aquella que ve en alguna de estas filias lingüísticas de los traductores un cierto esnobismo o pretensión culturalista. Es decir, que daría cierto “prestigio” traducir a Shakespeare, por ejemplo. O que se está a su altura por el hecho de haberlo traducido. Un caso en esta variante sería el del gran poeta contemporáneo que traduce a un gran poeta antiguo. Por cierto, puede ocurrir perfectamente, y ha ocurrido muchas veces en la historia de la literatura, que este poeta traductor sea verdadera y efectivamente un anglófilo y un erudito a la vez. Pero también ha ocurrido muchas veces lo contrario, y que podría resumirse con la frase: “Soy tan gran poeta como aquel a quien traduzco”.

En fin, la filia lingüística o cultural también puede deberse, simplemente, a la admiración que producen las grandes obras literarias; y, teniendo los conocimientos necesarios o suficientes de la lengua original en que fueron escritas, se traducen por razones debidas a esa misma admiración o al legítimo placer intelectual de hacerlo.

En todos estos casos (y habrá otros), me parece que el punto de vista está puesto, o suele más bien estar puesto –en mayor o en menor grado– en la lengua ajena, foránea, extranjera si se quiere, sazonado más o menos conscientemente de un cierto “desplazamiento” de la lengua materna (aunque en los peores casos podemos encontrar también desprecio, desdén o franca minusvaloración de la misma).

Pero lo que no se suele pensar o considerar con más frecuencia es el fenómeno justamente contrario, y es entender el traducir como amor por la propia lengua.

En lo que sigue trataré de hacerme cargo de esta proposición y dar razones de por qué un traductor, en su condición de tal pero sobre todo en sus objetivos o fines, puede ya no ser un “traditore” (“traidor”) sino un “patriota” de su lengua original.

Por cierto, este traductor que traduce por amor a su propia lengua puede ser también un erudito, un filólogo o alguien que domina la lengua que traduce con alta competencia. Pero vamos a pensar, para hacer más fácil la cuestión, en un traductor promedio (si acaso existe tal cosa), o en alguien que se ubica entre el erudito máximo y el esnob culturalista. Mas me voy a permitir hacer antes dos breves excursos.

Las teorías acerca de la traducción prácticamente se duplican cada año. Y con cierta razón y fundamento: es un fenómeno complejo. Tengamos en cuenta solamente los grandes desafíos que enfrenta la traducción con el español de América. Y pensemos en una situación concreta como la siguiente: un texto de Shakespeare o de Flaubert ha quedado ya fijado, establecido en su lengua

original, con las peculiaridades que sean. Pero allí están. No muertos sino fijados, establecidos, incólumes podríamos decir. Naturalmente que la filología inglesa y la francesa, respectivamente, habrán de esforzarse –y lo han hecho– en “ayudar” al lector contemporáneo a dilucidar significados y construcciones gramaticales o lingüísticas tal vez hoy en desuso. Y en el caso del primero, por ejemplo, de aclarar específicamente palabras arcaicas, obsoletas o cuyo significado ha variado en el tiempo (situación que no es muy distinta a la que a veces ocurre entre nosotros –y desgraciadamente cada vez más– con el *Cid Campeador* o *El Quijote*). Pero, insisto, el texto original está ahí, *ya es*, sus palabras son las que son. Lo escrito escrito está, podríamos decir. Pero la lengua que se dispone a traducirlo, nuestra lengua en este caso, está viva, en curso; se mueve, avanza, crece; a veces retrocede o se amplía. Quizás y hasta paulatinamente se aleje en cierta forma y en algún sentido de su matriz común, pese a que subsista el sistema que la estructura y la hace ser lo que es. ¿Cómo traducir entonces? No puedo ni quiero entrar aquí en la peliaguda y complejísima cuestión del llamado “español neutro”, si tal cosa existe. Pero el hecho es que no está resuelto el problema de cómo traducir a Shakespeare o a Flaubert en Colombia, España, Chile y aun en Estados Unidos. La queja lingüística, pero también cultural y comercial a las políticas de traducción en España, son una buena muestra del problema.

El segundo excursus tiene que ver con lo siguiente: es interesante considerar cómo culturas completas han sido influenciadas en parte por las traducciones o por las estrategias de traducción asumidas por sus traductores. Se me vienen a la mente dos ejemplos muy concretos pero decisivos y significativos, que provocaron impacto y efectos que han durado décadas, sino ya casi un siglo.

El primer ejemplo es el de Luis Astrana Marín y sus *Obras completas* de William Shakespeare, publicadas en Madrid en 1929 y que ha tenido sucesivas reimpresiones. Astrana Marín es el único autor que, por sí sólo y junto a la obra lírica de Shakespeare, ha traducido hasta ahora toda su obra dramática (o al menos todo lo que de Shakespeare en los años 30 del siglo pasado era tenido como el canon: faltan en su trabajo *Eduardo III* y *Los dos nobles parientes*, de reciente atribución, aparte de la obra escrita a cinco manos, *El libro de sir Tomás Moro*, una de las cuales es la de Shakespeare). Junto a este mérito, Astrana Marín tiene otro: y es que logró traducir a Shakespeare con las herramientas críticas y filológicas que entonces tenía a la mano, y que eran enormemente pobres en comparación con las que disponemos hoy en día. En fin, nadie podría negarle tampoco su espléndido manejo del castellano y que logró cumbres importantes en su trabajo. Sin embargo, y aunque suele respetar la convención isabelina en cuanto al uso de

pronombres formales e informales, cuestión fundamental para la caracterización de los personajes, sus traducciones están en prosa; y otra convención isabelina crucial es que los personajes de alcurnia o investidos en autoridad hablan en verso y los vulgares o villanos en prosa; aunque es parte de la misma convención que esto se altere por razones dramáticas. Pero lo que es muchísimo más relevante es que Astrana Marín ha desprovisto a Shakespeare de algo esencial a su teatro: su procacidad y obscenidad. Las traducciones de Astrana Marín tienden a ser edulcoradas, “finas”, desde luego manieristas y afectadas. Y Shakespeare está bastante lejos de eso, aunque obviamente hay poesía, y muchísima, en sus obras. Pero lo importante en esto es cómo se ha recibido su obra dramática en nuestros países: justamente como un teatro de lenguaje fino, manierista y afectado. “No seas tan shakespeariano” es una frase que escuché muchas veces en el mundo del teatro para referir al actor que estaba actuando de manera artificiosa y afectada, rebuscada y presuntuosa.

Pero el teatro de Shakespeare fue un teatro popular.

El segundo caso es la traducción de *Ser y tiempo* de Heidegger. José Gaos fue el primer traductor al español de la obra cumbre del filósofo alemán, en 1951 (y fue, de hecho, la segunda traducción en el mundo; la primera había sido hecha en japonés). Gaos replica en español los juegos etimológicos del alemán, lo que en dicha lengua es natural. En eso Gaos lo hizo bien, pero forzando el castellano de modo que sólo entiende cabalmente su texto quien a su vez entiende el alemán. Y su traducción, lo sabemos, marcó e influyó a generaciones de estudiosos. Por otra parte, está la segunda traducción de *Ser y tiempo* al español por el filósofo chileno Jorge Eduardo Rivera, publicada por Editorial Universitaria en 1997, y que ha sido aclamada en todo el mundo filosófico –y no sólo filosófico– de habla hispana. Pues bien, la traducción de Rivera rescató o se enfocó en otro elemento crucial del texto del pensador alemán y que es su coloquialidad. Y ello lo hizo magistralmente, “devolviéndonos”, por así decir, un Heidegger más fresco y cercano. Ahora bien, cabría decir, hoy por hoy, que Heidegger necesita –o necesitó– de dos traducciones al español para ser más cabalmente comprendido: la que enfatiza los juegos etimológicos, como hace Gaos, y la que lo hace de los coloquialismos, como la de Rivera.

Volvamos ahora a nuestro tema. Pienso que el deseo de oír, leer y entender en la lengua materna lo más grande que artísticamente ha producido nuestra especie en otras lenguas, recurriendo a sus máximas posibilidades semánticas y fonéticas, se puede considerar también como un amor por la propia lengua. Un amor entendido como anhelar profundamente que ella nos diga, de la mejor manera posible, lo que se dice o dijo en otra. Pero es también un amor celoso: un

intento de apropiación y de aproximación, sí, pero sobre todo de adopción y de reescritura. Y es que como quiera que las teorías acerca de la traducción sigan avanzando como lo están haciendo, una cosa es clara: traducir es siempre volver a escribir.

Lo planteo de otro modo. Pensar o entender la traducción como un mero trasvasije de palabras no sólo es puerilmente errado y un fracaso anticipado, sino una pobreza trágica. Homero jamás será español, o chileno; pero podrá, si se le traduce bien, “habitar” en nuestra lengua. Si la palabra es la morada del ser, parafraseando al mismo Heidegger, traducir a Homero, en el ejemplo que estoy siguiendo, sería justamente eso: hacerlo habitar en nuestra lengua, darle una segunda morada. ¿Y eso no sería acaso resultado de amar el idioma nativo?

No sé si la siguiente analogía es algo impropia, y desde luego quizá poco sofisticada, pero la propongo de todos modos. Cuando se invita a casa a un personaje importante, toda la familia se esmera en recibirlo de la mejor manera posible. Se limpia y ordena con fruición la sala de estar y el comedor, se saca la mejor vajilla, la cuchillería esa que fuera regalo matrimonial, y las copas finas. Se preparan delicatessen y, en fin, todo se dispone en el propio hogar de óptima manera justamente para que el invitado, a su vez, también “se sienta en su propio hogar” y aun tal vez mejor. ¿No es esa la actitud de un buen traductor que ama ante todo su idioma nativo? ¿Disponer su propia casa, o sea su lengua, de la mejor manera para recibir al invitado y hacerlo parte de ella misma como si estuviese en la propia? Ello se hace por consideración al hospedado, es cierto, pero es todo lo mejor de lo propio lo que se pone a su disposición. Siguiendo con la analogía, no es extraño que, al terminar la velada y si las cosas se han hecho bien, el huésped se despida no solamente con palabras de buena crianza y agradecimiento, sino con frases del tipo: “Estuve muy a gusto”; “ya soy parte de ustedes”; “me sentí como en casa”; “no querría irme”; etcétera.

Téngase presente, a este respecto, que la hospitalidad, en la antigua Grecia, era un atributo sagrado y divino. Uno de los epítetos de Zeus era, justamente, “hospitalario”. Y muchas grandezas o tragedias terribles ocurrieron en el mundo antiguo por respetar o violar dicha sacra disposición (desde luego la guerra de Troya).

De otra parte, no estoy planteando una suerte de servilismo de la lengua nativa respecto o debido a la lengua original de la obra que se quiere traducir. Muy por el contrario: servilismo sería negarse a uno mismo, abajarse, rebajarse, en la actitud propia de los fracasados, de los pusilánimes o incluso de los esclavos. Pienso que, en la óptica que estoy proponiendo, se trata justamente de lo contrario: de qué manera nuestra propia lengua interpreta al traducir, sí, pero además cómo eleva

lo traducido a su máxima expresión posible en castellano (tanto, que sabemos de casos en que la traducción hasta ha mejorado el original. Pero este ya es otro tema).

En el oficio de traducir se trabaja como un artesano de la palabra. Pero no tanto de la original *que se traduce*, sino de la propia *a la que se traduce*. Se buscan las mejores, las más precisas y expresivas, las más bellas de pronunciar, pero se las escoge, pienso, con y en un gesto de amor y admiración por sus posibilidades. ¡Cómo amamos los traductores nuestro propio *Diccionario de la Lengua Española* (más que el *Oxford English Dictionary*, por ejemplo), y los buenos diccionarios de antónimos y sinónimos! Si eso no es hospitalidad “divina”, difícilmente puedo pensar en otra que lo sea cuando se trabaja con las palabras. El *Oxford English Dictionary*, para seguir con el ejemplo y estoy pensando en Shakespeare, es un punto de partida, una clave, a veces apenas una insinuación. En no pocas ocasiones, lo confieso, hasta una sombra.... Pero eso umbroso desaparece en el *Diccionario de la Lengua Española*: ahí vemos y está la luz. Y en todo nuestro tesoro lexicográfico. Por cierto, no estoy hablando de milagros...

Si se me disculpa la referencia personal, en mi experiencia como traductor más de alguna vez me he sentido cohibido y hasta abrumado ante ciertos pasajes de extraordinaria belleza leídos en su lengua original. Recuerdo especialmente el caso de algunos monólogos de *El rey Lear*, de William Shakespeare. Los versos eran tan hermosos, se hilaban y entretejían con tanta maestría estilística, con tanta perfección, que parecía un sacrilegio el traducirlos. Varias veces, con la colega con quien realizábamos la traducción, tuvimos la tentación de desistir. Pero vuelvo a mi experiencia personal: hubo algo que me empujó a seguir, a transformar esa suerte de sacrilegio en una bendición, por decirlo de alguna manera. Y esa bendición, o infusión de gracia, quizá y mejor dicho, fue justamente la propia lengua. Por cierto que ni la métrica ni la fonética, o la prosodia o la aliteración, eran posibles de recrear exactamente en castellano (intento que, además, considero en cierto modo absurdo y hasta imposible). Pero la inmensa riqueza de nuestra lengua abría una gran posibilidad: hacer igualmente bellos en español aquellos parlamentos maravillosos del viejo y desesperado rey ante la cruel maldad de sus hijas mayores. O sea que no se trataba de un obstáculo ante el cual había que rendirse, sino de una extraordinaria oportunidad. La lengua de Cervantes, la de Lope y Calderón (solo por mencionar contemporáneos del dramaturgo inglés) estaba allí, lista, enfrente, dispuesta a ser modelada como al mármol. Y aunque no sólo por modestia y pudor, sino especialmente por justicia, soy incapaz (y me parecería casi grosero hacerlo) calificar el resultado logrado, sí puedo decir con férrea convicción que en esa traducción

los versos de Shakespeare lograron habitar bien en lengua castellana; hicieron su morada en ella, encontraron una tienda, un tabernáculo en el sentido veterotestamentario... Y los sentí, a esos versos, felices allí. Insisto, entonces, en que fue el amor a la propia lengua y no un testarudo voluntarismo lo que permitió superar el (quizá sólo aparente) escollo. Fue en ella, si se me entiende bien, donde encontré las condiciones de posibilidad; y no en otro lugar, estrategia, forma o mecanismo. Fue en el acervo personal, labrado desde la infancia en la familia y en el colegio –¡en la vieja asignatura de “Castellano”!¹–, y enriquecido por décadas de lectura, estudio y conversación, junto al diccionario, lo que hizo factible la hospitalidad de la que hablaba.

Cada traductor tendrá sus propias estrategias o políticas de trabajo. Pero soy un ferviente convencido de que tanto el punto de partida como el de llegada es y debe ser el amor a la propia lengua (que incluye también, y como decía, su manejo y conocimiento). Y la razón en cierto modo puede parecer obvia: si traducir es “reescribir” un texto de una lengua en otra, aunque el original determine y limite, en sí mismo, sus propios sentidos, sus naturales fronteras, la traducción comienza con la hermenéutica pero concluye siempre con la ποιησις; creación que exige aquella morada de la que hablaba.

Quisiera terminar estas palabras con una cita que me parece perfecta para lo que estamos considerando. Dice así:

“Estando yo un día en el Alcaná de Toledo, llegó un muchacho a vender unos cartapacios y papeles viejos a un sedero; y como yo soy aficionado a leer, aunque sean los papeles rotos de las calles, llevado desta mi natural inclinación, tomé un cartapacio de los que el muchacho vendía, y vile con caracteres que conocí ser arábigos. Y puesto que aunque los conocía, no los sabía leer, anduve mirando si parecía por allí algún morisco aljamiado que los leyese, y no fue muy dificultoso hallar intérprete semejante, pues aunque le buscara de otra mejor y más antigua lengua, le hallara. En fin, la suerte me deparó uno, que, diciéndole mi deseo y poniéndole el libro en las manos, le abrió por medio, y leyendo un poco en él, se comenzó a reír. Preguntéle yo que de qué se reía, y respondióme que de una cosa que tenía aquel libro escrita en el margen por anotación. Díjele que me la dijese y él, sin dejar la risa, dijo:

¹ Aprovecho de rendir un homenaje a mis profesores del colegio Ernesto Muñoz y Ricardo Contreras, con quienes, entre otras muchas cosas, leí el *Cid Campeador* en su castellano original y *Don Quijote* completo.

“–Está, como he dicho, aquí en el margen escrito esto: «Esta Dulcinea del Toboso, tantas veces en esta historia referida, dicen que tuvo la mejor mano para salar puercos que otra mujer de toda la Mancha».

“Cuando yo oí decir «Dulcinea del Toboso», quedé atónito y suspenso, porque luego se me representó que aquellos cartapacios contenían la historia de don Quijote. Con esta imaginación, le di prisa que leyese el principio, y, haciéndolo así, volviendo de improviso el arábigo en castellano, dijo que decía: *Historia de don Quijote de la Mancha, escrita por Cide Hamete Benengeli, historiador arábigo*. Mucha discreción fue menester para disimular el contenido que recibí cuando llegó a mis oídos el título del libro; y, salteándosele al sedero, compré al muchacho todos los papeles y cartapacios por medio real; que si él tuviera discreción y supiera lo que yo los deseaba, bien se pudiera prometer y llevar más de seis reales de la compra. Apartéme luego con el morisco por el claustro de la iglesia mayor, y roguéle me volviese aquellos cartapacios, todos los que trataban de don Quijote, en lengua castellana, sin quitarles ni añadirles nada, ofreciéndole la paga que él quisiese. Contentóse con dos arrobas de pasas y dos fanegas de trigo, y prometió de traducirlos bien y fielmente y con mucha brevedad; pero yo, por facilitar más el negocio y por no dejar de la mano tan buen hallazgo, le truje a mi casa, donde en poco más de mes y medio la tradujo toda, del mismo modo que aquí se refiere” (*Don Quijote de la Mancha*, primera parte, capítulo IX)².

Si esta historia fuera cierta, si imagináramos o jugáramos a imaginar que se trató de la pura verdad y no de una brillante idea literaria o narratológica, pues bien, tendríamos el ejemplo inmejorable para graficar lo que he intentado sugerir en esta exposición: que el mayor tesoro literario escrito jamás en nuestra lengua, la joya más brillante en el uso del castellano, la obra que llevó nuestro idioma a sus máximas cumbres y posibilidades... es una traducción. Y de un morisco aljamiado, o sea que sabe castellano, y vaya qué castellano sabía. Y cómo lo amaba y lo amó...

Muchas gracias.

Instituto de Chile

7 de noviembre de 2023

² En la edición conmemorativa del IV Centenario, por la Real Academia Española y la Asociación de Academias de la Lengua Española. Edición y notas de Francisco Rico. Madrid: Alfaguara, 2004. 85-86.